

orden multiplica el desconcierto. En naciones que no tienen aristocracia civil o militar ni se enorgullecen de seculares tradiciones es entonces la degeneración, la miseria moral, el servilismo, el *ruere in servitium* de Tácito.

Santa Cruz, el más ilustre de los caudillos bolivianos, un napoleónido de ultramar, lo «reducía todo a su misma persona», según el testimonio de un diplomático francés de la época, M. Buchet-Martigny. En lugar de regenerar a su pueblo, de poner facultades de zar criollo en favor del orden futuro, sólo guardó favores, escribe el mismo testigo de excepción, para quienes le adulaban, le obedecían y le servían ciegamente.

* *

Menéndez y Pelayo sonreía porque don Diego Barros Arana había estudiado la historia de Chile en tantos volúmenes como los que consagrara Mommsen al prodigioso destino de Roma. Sin duda criticaría a Arguedas que, en ocho libros, estudia los períodos principales de la historia de Bolivia. ¿Por qué hemos de reducir a menudas proporciones la vida de estos nuevos pueblos destinados a futura grandeza? Erró quizás el crítico español. Nada significan actualmente esas naciones en el mundo, espectadores de una tragedia en que son otros estados personajes esquílinos. Dentro de dos siglos, si se cumple el vaticinio de Macaulay, si Europa perece en guerras de definitivo agotamiento, a las democracias americanas irá la simpatía de los últimos herederos de la civilización greco-latina. ¡Qué útil función entonces la de minuciosos historiadores que, como Villani o Giuciardini en Italia, estudiaron con amor las primeras décadas de repúblicas turbulentas!

Antes de que lleguen esos tiempos de plenitud, desde ahora, Arguedas contribuye a la formación de la conciencia nacional en Bolivia, vincula el presente inseguro al pasado de luchas y esperanzas, enseña que los muertos nos gobiernan a quienes se extravían en rutas que conducen a un extremo optimismo, pone las bases de su clara esperanza. La Historia de este escritor pesimista es un monumento de fe.

F. GARCÍA CALDERÓN.

(L'Amérique Latine, París).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
Simpatías y Diferencias (Cuatro series)
 Precio de cada serie > 2.50

Las revoluciones Hispano-americanas...

(Viene de la página 356).

en efecto lo ha sido. El Gobierno de Colombia cedió en 1847 a una Compañía americana el derecho a hacer un ferrocarril a través del istmo, y desde ese día la tranquilidad dejó de existir en esa faja privilegiada de territorio. Vivían allí de ordinario muchas gentes procedentes de los Estados Unidos, y las revoluciones se sucedían como las fases de la luna. Es de notar que casi todas estas asonadas empezaban o acababan en Panamá. El año 1903, como resultado de manejos que no puedo detenerme a clasificar en este momento, los panameños, ayudados por el Gobierno de Washington, se separaron de Colombia, que vive desde entonces en completa paz. En 1923 se ha celebrado allí el vigésimo aniversario de de la paz, de una paz octaviana. Ya ven ustedes cómo la ley a que me refería anteriormente no es una mera fantasía.

Se cuenta que examinaban a un chico de escuela en los Estados Unidos sobre la geografía de su país. Era el tiempo en que ocurría el escándalo de Chicago, por consecuencia de que se habían encontrado en las latas de carnes conservadas algunas medallas y hebillas que parecían procedentes de collares de perros. Preguntado este chico cuáles eran las industrias principales de los habitantes de los Estados Unidos, contestó con una tranquilidad digna de mejor suerte: «La industria principal de los Estados Unidos es la producción de alimentos higiénicos y de revoluciones sudamericanas».

Otra diferencia substancial entre las guerras civiles iberoamericanas y las guerras europeas internacionales se hace presente en el sedimento moral que es su consecuencia. En Iberoamérica las guerras civiles o revoluciones dejan un horror benéfico a ese género de luchas, cualesquiera que sean las conquistas, en punto a libertades y derechos, alcanzadas con tamaño esfuerzo. En las vecindades de Bucaramanga, próspera ciudad colombiana situada en las llanuras levemente onduladas del valle de Lebrija, tuvo lugar en 1900 una terrible batalla, que sorprendió al mundo por ser acaso la primera entre las modernas que llegó a durar hasta diez y siete días. Sin tiempo los revolucionarios ni los legitimistas para enterrar a los muertos, quemaron algunos cadáveres y abandonaron los otros a la voracidad de las aves rapaces o de bestias carniceras que abundan en esas regiones. Terminada la guerra, aquellos campos blanqueaban con el lívido aspecto de las osamentas humanas. La piedad

de los habitantes de esas comarcas recogió los huesos de los soldados en una sola y altísima pirámide, que ha sido cubierta con un techo pajizo para que la intemperie no la destruya. Ese monumento se conserva como una lección de historia. Las madres llevan a sus hijos a contemplar esa ignominia y a mostrarles el error y la abominación de la guerra. El pasajero que transita por esos lugares tuerce el rostro avergonzado y apresura el paso como para desechar tristes memorias de pasados horrores. En Iberoamérica tenemos el valor de reconocer nuestro error y no escondemos el remordimiento que nos inspira el recuerdo de nuestras luchas.

En Europa, las guerras dejan el culto de los héroes. Las naciones levantan pesados o esbeltos cenotafios, graban en mármol o en bronce los nombres de los muertos, construyen majestuosos arcos de triunfo y encienden a su sombra lámparas votivas para señalar la tumba del héroe desconocido.

Noto que he fatigado la atención del auditorio por mucho más tiempo del que me imaginaba, y voy a terminar. Volvamos al símil del cristal y de la abeja. El patriotismo mal entendido; el nacionalismo exagerado y amenazante; las preocupaciones raciales y el odio de tribu, forman un conglomerado sólido pero transparente para la mirada del filósofo; importa hacer flúida esa masa enorme, fundiéndola al calor del análisis y de la generosidad de nuestros sentimientos para que desaparezcan las causas de las guerras, así civiles como internacionales. Que sea la UNIÓN IBERO-AMERICANA, con su pasado glorioso, el núcleo de una desinteresada sociedad de naciones unidas por la igualdad de derechos, por el reconocimiento adecuado de deberes correlativos y sobre todo por una misma aspiración hacia el establecimiento de la paz definitiva por medio de un común ideal de justicia.

(Tomada de la Unión Ibero-Americana. Madrid.)

En una sala de conferencias de Madrid disertó recientemente el señor Sanín Cano acerca de las revoluciones americanas. El señor Sanín Cano es uno de los intelectuales de América que han adquirido rápidamente entre nosotros derecho de ciudad, sin perder su naturaleza originaria. Antes de que le tratásemos en Madrid, le habían dado a conocer entre los aficionados a las letras, algunos de sus trabajos literarios, como